

# plan de los pájaros

ARTE CULTURA Y ANÁLISIS

ENERO - ABRIL DE 2012 / Nro. 32 / \$25.00



ESTÁ CLARO QUE ALGUNA VEZ HAS SIDO DIBUJANTE,  
ESOS DIBUJOS SE PARECEN BASTANTE AL ORIGINAL,  
PERO NADIE PUEDE METER TODO EL MUNDO DENTRO  
DE UN LIBRO. COMO TAMPOCO NADA DE LO QUE SALE DI-  
BUJADO EN UN LIBRO ES COMO APARECE

## DIRECTORIO

### DIRECTOR

Antonio Ávila-Galán

### EDITOR

Héctor Cortázar González

### JEFA DE REDACCIÓN

Viridiana Blanco Anzurez

### CONSEJO EDITORIAL

Roberto Bravo

Carlos Iturbide González

Citlalli Hernández Martínez

Ibis Villegas Cuadriello

### IMÁGENES

Israel Barrón

barronartistaplastico.blogspot.com

barron900@yahoo.com

### DISEÑO

Yarim Gómez García

### IMPRESIÓN

Editores Impresores Fernández, S.A. de C.V.

**Plan de los Pájaros.** Revista de arte y literatura de la Asociación Cultural de Tuxtepec (Cuenca del Papaloapan), los derechos reservados son propiedad de los firmantes. Publicidad Trimestral. Recibimos colaboraciones: Ave. Libertad No. 56, entre Javier Mina y Nicolás Bravo, Col. Centro, Tuxtepec, Oax. C.P. 68300 Tel. 2878750738, [plandepajaros@hotmail.com](mailto:plandepajaros@hotmail.com)

No. de certificado de reserva:  
04-2012-010416585700-102

# plan de los pájaros

ARTE CULTURA Y ANÁLISIS



## CONTENIDO

### NARRATIVA

- 3 ISLA NEGRA / Roberto Bravo
- 7 PECES BETA / Leonardo Ortega
- 9 UNA MAÑANA / Amadeo Estrada
- 10 EL ÚLTIMO CLIENTE / Carlos Alberto Gómez-Montoya
- 16 Valentín y Tina: DESAFÍO FRENTE AL MAR / Gabriel Muzziu
- 17 LA CRISÁLIDA / J. Francisco Jiménez Garnica
- 19 EL MEJOR DISFRAZ / Carmen Rodriguez

### POESÍA

- 22 #3114 / Julián Estrada
- 24 EL ARPÓN EN MIS MANOS Y OTROS POEMAS / Christopher Amador
- 26 MIÉNTRAS LA CIUDAD / Antonio Ávila Galán
- 27 ALTA COSTURA / Flor Cecilia Reyes
- 27 EXILIO / Héctor Cortázar González
- 28 DELÍRUM I / Pablo M. Antúnez
- 30 PROLONGAR EL TIEMPO / Ibis Villegas Caudriello
- 30 AL SÉPTIMO MES / Viridiana Blanco Anzurez
- 31 EN MEDIO DEL FUEGO / Adán Echeverría
- 32 EN AUSENCIA / Citlalli Rojo

# PRESENTACIÓN

---

Todo lo que nos rodea en sí es la esencia del mundo lleno de palabras. Justo el punto medio donde se funden las buenas intenciones de ser, en ese sentido de cosas de las formas, donde se de la actitud real de lo que se quiere lograr en lo creado.

El quehacer de la palabra escrita, pasa hacia el mejor decir de las cosas, justifica el quehacer de tantas añoranzas, de vivencias e imaginaciones, que de allí se desprende un poema o una narrativa; comprensión consagrada de ese otro que es en uno mismo, expresión verbal de un encuentro con el misterio en el vacío, sin duda la lectura de dicha comprensión viene a significarlo todo.

En este número de Plan de los Pájaros, agradecemos las colaboraciones de los amigos poetas y narradores, además, es menester mencionar que se incluyen textos de Christopher Amador, poeta de Baja California Sur, quien el pasado 5 de mayo recibió el sexto Premio Nacional de Poesía “Tuxtepec, Río Papaloapan”, participando con el poemario “El arpón en mis manos y otros poemas”. En esta ocasión el jurado se conformó por tres escritores de renombrado prestigio: Flor Cecilia Reyes, Oscar Wong y Roberto Bravo.

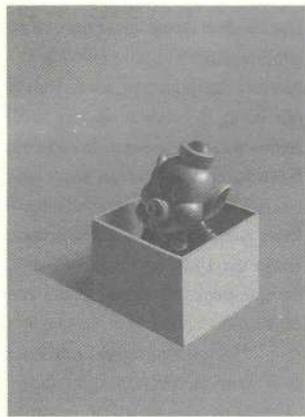
Así mismo un agradecimiento para el artista Israel Barrón, quien ilustra este número de nuestra revista, y al respecto de su obra, el también artista plástico Manuel Velázquez, comenta:

“La obra de Israel Barrón está compuesta por juguetes propios de los cómics y de las teleseries, objetos que nos hablan de una producción industrial. Son objetos que recupera de tiendas y bazares de segunda mano, y que utiliza con algunos cambios como modelos en sus obras. Estos objetos se nos presentan con fondos de colores planos, en una especie de soledad y abandono. Las personas en sus obras han sido sustituidas por imágenes características de la sociedad posindustrial en la que vivimos. Los juguetes parecen conectarse con relaciones concretas o con causas y consecuencias; se han convertido en signos de un mundo dominado no por personas y acciones reales, sino por simulaciones. En las obras, también aparecen frases, textos completos que rompen el proceso habitual de lectura visual de una obra plástica, de tal modo que dejan de ser vínculos transparentes entre imagen e idea”.



# ISLA NEGRA

Roberto Bravo



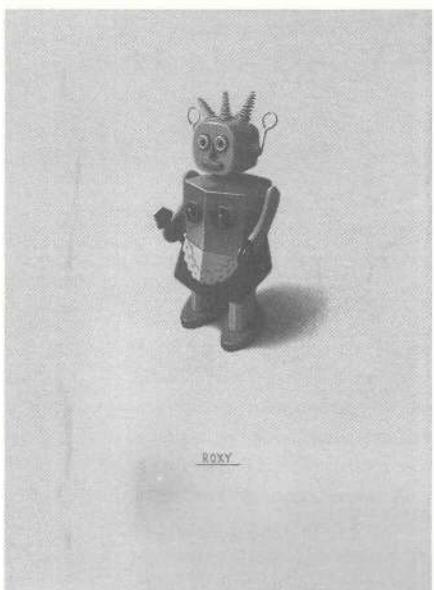
Saliendo de Valparaíso o Viña del Mar (son una misma ciudad), a cuarenta y cinco minutos, está Isla Negra. Su costa es una de las más bellas de Chile, y la que está bajo la casa de Pablo Neruda, además de hermosa, es dramática. Tiene el ímpetu del mar, su potencia, contrasta con el muro de rocas y tierra que le opone el continente. Desde el promontorio donde está la vivienda del poeta, la vista es una marina permanente, bella y conflictiva.

La casa de Neruda en Isla Negra (tenía otra en Valparaíso y en Santiago), está sobre un terreno de seis mil metros cuadrados que el poeta compró cuando el lugar era una aldea. Construyó sus habitaciones poco a poco, a lo largo de su vida. La residencia está hecha a su gusto, no al de los arquitectos como se acostumbra en la actualidad. La construcción es funcional, y su mérito es el tener uno tras otro, ventanales en el muro que da a la bahía, que permiten admirarla a cabalidad. El aire incansante, los azules del cielo (a veces grises) y el mar, las olas golpeando las piedras y el farallón, son en sí mismo una visión extraordinaria que no necesita escenografía.

El decorado y amueblado del interior de la casa del artista, es laberíntico y sobrecargado, *Kitsh*, o pretencioso y de mal gusto si lo prefiere: Mascarones, botellas, máscaras, caracoles, murales, caballo disecado, antigüedades, etc. Todo esto en un orden caótico que tiene la belleza del mar, siempre presente.

Busqué en los cuartos como en un bazar de antigüedades, un pedazo de la Muralla China, que según una anécdota, le habían dado a Neruda, unos funcionarios chinos:

“Estando frente al muro de la descomunal valla, el poeta exclamó, con su extrovertido carácter, para que lo escucharan sus acompañantes: ¡Me haría feliz tener una de las piedras que hizo posible la construcción de esta maravilla del mundo!



De regreso a su cuarto de hotel, encontró una roca, con una carta de las autoridades chinas, informándole que le obsequiaban un pedazo de la muralla. Al ver su maleta, y el tamaño de la roca, se rascó la cabeza, y preparó su equipaje. Al otro día partiría a Shanghai, para participar en otro evento. Al dejar su habitación, olvidó la roca en el mismo lugar donde la habían puesto sus anfitriones.

Al abrir la puerta del cuarto del hotel en Shanghai, encontró otra vez la roca con una nota donde le decían que como había olvidado la piedra en Pekín, había volado un avión especial para llevarle la valiosa pertenencia."

El relato allí termina.

Busque en las recámaras de la casa de Isla Negra, aquella piedra. Al no encontrarla, pensé que la habría puesto en el jardín, en los cimientos de la tumba donde depositaron sus restos, o reposaba en las profundidades del mar.

Con su dinero y en su casa uno hace lo que quiere. Pero:

¿Qué significan todas estas cosas en la vida de una persona?

Neruda es uno de los poetas famosos en el mundo, y las agencias de viajes en su publicidad resaltan esas pertenencias del literato. La biblioteca, que era una de las cosas que me interesaba conocer, además de sus discos.

¿Qué leía Neruda?

¿Qué música escuchaba Neruda?

Los sacaron de esa casa para que no se dañaran con la humedad.

Neruda fue poeta, político, y ahora, es una marca que las agencias de turismo y la fundación que administra la mayor parte de su herencia, explotan.

Neruda, el poeta, es un autor que debe su popularidad al segundo de sus libros: *Viente poemas de amor y una canción desesperada*, que desde su aparición en 1924 ha vendido más de dos millones de ejemplares. Y no son para menos sus versos:

"Me gustas cuando callas porque estás  
como ausente,

Y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.

Parece que los ojos se te hubieran volado

Y parece que un beso te cerrara la  
boca..."

Del Poema 15

-O-

"Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Escribir, por ejemplo: «La noche está  
estrellada,

Y tititan, azules, los astros, a lo lejos.»

El viento de la noche gira en el cielo  
y canta..."

Del Poema 20

Neruda es un poeta sentimental, en el sentido que Schiller daba a este concepto, y en los 20 poemas de amor y toda su obra, logra conjuntar los elementos que lo caracterizan de tal manera, como pocos poetas lo han logrado.

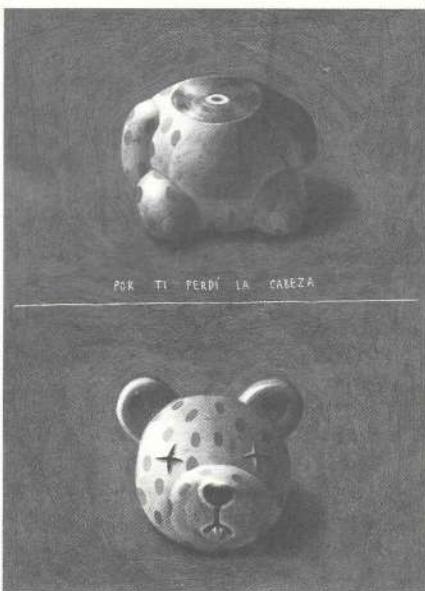
En sus versos, el estilista reflexiona sobre la impresión que el objeto, sea el amor, la naturaleza, América, la patria, las personas, su casas y sus colecciones le producen, y esa emoción que le possee, nos la trasmite. Estos temas, en sus poemas, son mencionado como una idea; y en esa relación del objeto con la idea, se basa la fuerza poética de sus versos. Hay en estos poemas, siempre, dos percepciones en pugna, la realidad como límite, y su idea como infinito. Neruda anula la naturaleza humana, y la eleva por encima de toda realidad determinada y restringida a toda posibilidad. Sus poemas son un ejemplo memorable de esta estética. Y en ellos celebramos al poeta que es Pablo Neruda.

Después de este libro, la poesía del chileno cambia. Descubre a otros poetas y hace contemporánea su escritura que en 1971, es premiada por la Real Academia Sueca, al otorgarle el Premio Novel de Literatura. Dos años antes de su muerte.

Sus restos, con los de su última esposa, están enterrados frente al mar, en el jardín de su casa de Isla Negra.

Pablo Neruda, el político, fue embajador en diversos países del mundo (Francia entre otros), acompañó, en sus campañas, a los candidatos de izquierda por la presidencia de su país, fue presidente o líder del Partido Comunista, y candidato a presidente de la república por el Partido Comunista. Decía de sí mismo. "...Soy un chileno que a lo largo de todo el siglo ha conocido las desventuras y las dificultades de nuestra existencia nacional y que ha participado en los dolores y alegrías del pueblo. Soy miembro de una familia de trabajadores que repartieron sus ásperas jornadas entre el centro y el sur del territorio. Jamás estuve con los poderosos y siempre sentí que mi vocación y mi tarea era servir al pueblo de Chile con mi acción y mi poesía. He vivido cantándolo y defendiéndolo."

Al preguntarle en una entrevista qué haría si fuese elegido presidente, respondió: "...Es muy largo detallar, pero desde luego está la nacionalización de las riquezas naturales del país. Este país tiene la mina de cobre más grande del mundo, Chuquicá-



mata, y es propiedad norteamericana. La compañía de teléfonos es norteamericana, la compañía de electricidad es norteamericana. Los chilenos, cuando encendemos la luz todas las noches estamos pagándoles a algunos accionistas que están en Nueva York o en Detroit que no saben ni que existen los chilenos..."

La faceta de destino turístico de Neruda, es manejada por agencias de viajes, etc. Ingenuos y entendidos, ricos y clasemedieros, extranjeros y nacionales, han hecho de su casa de Isla Negra y de su nombre, un comentario, un motivo de plática en las veladas con los amigos, a la hora de intercambiar experiencias, al regreso de las vacaciones fuera de casa. Los pobres por los que él luchó, dudo que se asomen a la residencia, el boleto de entrada para conocerla es caro; además, si llegan en carro, deben pagar el estacionamiento que es tanto o más costoso que la entrada para conocer las habitaciones donde el poeta acostumbraba trabajar, recibir a los amigos, y descansar.

Un balcón de madera donde del restaurante sirven buena comida, a precios excelentes, espera después del recorrido. En sus cómodas mesas se disfruta de la vista del mar golpeando las rocas, del horizonte azul, y de las aves marinas que sobrevuelan las aguas y la casa.

Entre 1945-1949, Neruda, escribió Testamento (I). En el poema, con el más puro tono de político de cualquier latitud, o de letra de bolero romántico mexicano, dijo:

Dejo a los sindicatos  
del cobre, del carbón y del salitre  
mi casa junto al mar de Isla Negra.  
Quiero que allí reposen los maltratados hijos  
de mi patria, saqueadas por hachas  
y traidores,  
desbaratada en su sagrada sangre,  
consumida en volcánicos harapos.

Pablo Neruda, murió intestado en 1973.

En los días soleados, cuando la gente no acude a sus playas. Una brisa generosa refresca los prados, y entre la piedras de Isla Negra, la voz de Nicanor Parra, el poeta no mencionado, murmura quedito al horizonte:

#### SILENCIO MIERDÁ

Con 2000 años de mentira basta! ☺

#### BIBLIOGRAFIA

Guibert, Rita; *7 voces/ Los más grandes escritores latinoamericanos se confiesan*, Editorial Novaro, México, 1974, 451Pp.

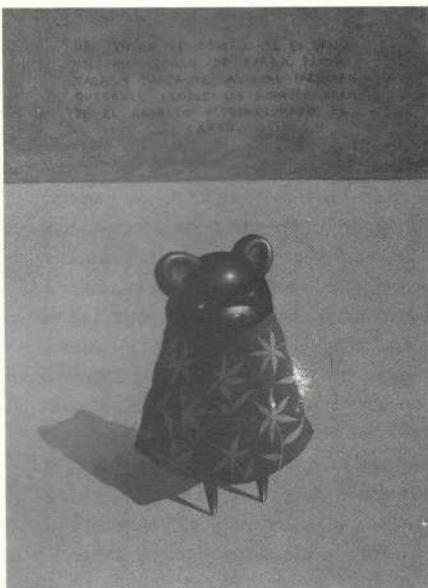
Parra, Nicanor: *Poemas para combatir la calvicie / Antología/* Julio Ortega (compilador), Fondo de Cultura Económica, Santiago, 2010, 392Pp.

Neruda, Pablo: *Antología Esencial/ Selección y Prólogo de Hernán Loyola*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1971, 371Pp.

Neruda, Pablo; *Canto General I*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1970, 207Pp.

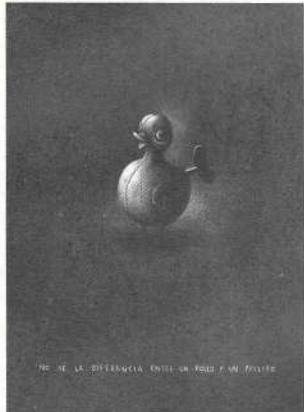
Neruda, Pablo; *Canto General II*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1968, 214Pp.

Carlyle, Tomas; *Vida de Schiller*, Espasa Calpe Argentina, S.A./Colección Austral, Buenos Aires, 1952, 162Pp.



# PECES BETA

Leonardo Ortega ■ Cuernavaca, Morelos



El hombre lee el periódico mientras la mujer no deja de dar vueltas en la sala, arreglando sin necesidad, un detalle aquí y allá. No hay más ruido que el voltear de las páginas del diario y los furtivos, apagados pasos y trajín de la mujer. Con angustia espera el momento en que él inicie la confrontación. Voltea a menudo a verlo, pero parece inmerso en la lectura, sin prestar atención a la actividad de su esposa y a las sútiles señales que ésta envía, para hacerse notar. En cierto momento deja el periódico de lado y ella busca su mirada, nerviosa, pero se limita a buscar sus cigarros en la bolsa de la camisa, evitando los ojos de la mujer en forma que parece casual, ocupándose únicamente en extraer una pieza de la cajetilla y ponérsela en los labios. Ella intenta forzar el momento; apresurada, le acerca el cenicero que está sobre la mesita de centro, pero el hombre sólo entrecierra los ojos al encender el cigarrillo. Con la comisura de la boca, sin mirarla, agradece el gesto. Él: "¡Gracias!", suena neutro, sin significado. Igual podía estar diciendo como al entrar, "¡Ya llegué!" En ambas frases, igual que en las pocas que emitió en la cena, apenas las necesarias para pedir algo o agradecer que se lo dieran, estuvo ausente la palabra acostumbrada con la que suele llamarla: "Amor". Sí, puede ser que con el tiempo esta demostración de cariño haya perdido ese carácter, para convertirse en rutina, pero precisamente la ausencia de la misma, ese rompimiento de la costumbre, hace la omisión tan significativa.

Él tiene que decir algo, piensa la mujer, desesperada, pero no, como todas las noches después de cenar, se queda sentado leyendo su periódico un rato antes de irse a acostar. Como siempre, sí, pero distinto. Ella se aclara la garganta, no aguanta más esta tensión, este juego de resistencia y empieza a decir: "¿Cómo te fue hoy?" Como una forma de

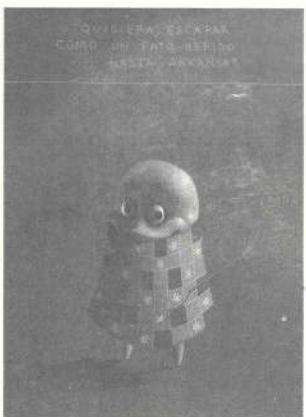
romper el silencio y provocar una salida a la situación, que se le está volviendo inaguantable. Sin alzar la vista del periódico, el hombre contesta con el mismo tono neutro que ha utilizado toda la noche: "Bien, bien, ya sabes, lo de siempre. ¿Y a tí? ¿Algún contratiempo en la casa o en el banco?" "¡No, no!", contesta apresurada la mujer, para recibir un "¡Ah!", como respuesta, antes de que vuelva a ensimismarse en su lectura, cortando la comunicación. Ella se queda quieta un momento, con la boca semiabierta, queriendo decir algo, pero no puede. Nerviosa, retorna a su tarea de remover sin sentido los pequeños objetos de la sala. Buscando algo que hacer, se acerca a dos pequeños recipientes de vidrio que contienen cada uno un colorido pez Beta. Sin necesidad, empieza a desmenuzarles algo de alimento. Curiosos estos peces, piensa, necesitan muy poco espacio para vivir, pero no pueden estar juntos. Cada uno debe quedar-se en su pequeño y cerrado universo, viéndose únicamente a través del vidrio, pero sin tocarse. Cansada, da las buenas noches; le pregunta si se quedará todavía leyendo. El hombre contesta con otro "¡Buenas noches!", y agrega que no, que mañana tiene un día pesado, que no quiere desvelarse. "Es más, me tengo que ir temprano, no es necesario que te levantes a darme de desayunar, comeré algo de camino a la oficina". "No sería problema levantarme, pero como quieras. ¡Ah!, saqué tu traje azul de la tintorería", comenta la mujer, que camino a la recámara, alcanza a oír el correcto: "¡Gracias!", antes de traspasar la puerta. Más tarde, mucho más tarde, sin ruido y sin prender la luz, el hombre, en pijama completo aunque hace calor, como si quisiera permanecer vestido, se acer-



ca a la cama. Con lentitud levanta las mantas para acostarse, rígido y con cuidado, en un extremo, lo más alejado que puede de la mujer, como para no despertarla. Pero ella no está dormida. Con los ojos abiertos en la oscuridad, unos ojos que no pueden llorar, trata de simular el sueño, respirando en forma lenta y acompasada. Casi imperceptiblemente mueve un poco el cuerpo y siente la súbita rigidez del hombre. Sin verlo, ni tocarlo, adivina que tensó el cuerpo, como preparándose para la huída o la pelea, como cualquier animal. O como si quisiera evitar un contacto que le repugna.

# UNA MAÑANA

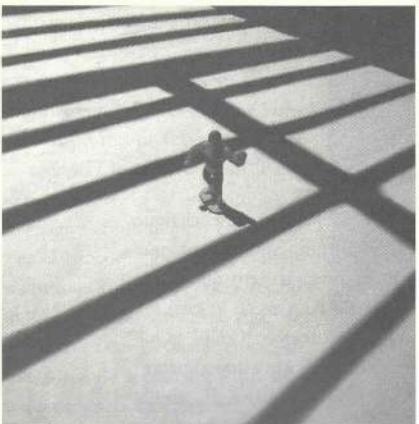
Amadeo Estrada ■ México, D.F.



el espárrago 3 de la hoja 48? ¡Y que me lee lo que decía! Bueno, yo no lo leí, pero me leyó ella. ¡Sí es bien buenísimo! ¿Quieres? No, no, no, gracias, pero no. ¿Y se la toma así...? Sí, así directo del animal, del tronco, vaya. ¿Cómo te diré? Esta es la forma de tomarlo. Se le corta la cabeza y directo del cuello. Todavía está medio calientita. Es mejor que andar tomando *medecinas*. ¡Prueba! ¡No! Le digo que no. Pos ora sí que yo nunca *jui* de tener ascos, pero para los que les da asco, se sirve en un vasito con mezcal y vieiras qué bueno está también. ¡Te voy a cazar una y así sí te animas...! ¡No!, gracias, no me lo tomaría. Y además, ¡vieras cómo te da *juerzas*! ¡No...! ¡Después de esto me puedo echar a tres viejas! ¡Al mismo tiempo! Aunque para eso, es todavía mejor la de tortuga. Allá en Guerrero, en la costa, lo hacen, o lo hacían; ya quién sabe; hace tiempo que no voy, y se lo tomaban así..., de tortuga. O sea que esto es conocimiento de los de endenantes, de los viejos. Escúchame, te voy a contar *pa* que sepas, porque de seguro que no sabes. ¿Tú sabes por qué la luna tiene un conejo? Si sabes qué tiene un conejo... Sí, es conocido que hay una figura que parece un conejo. Bueno, ¿y sabes por qué está un conejo allí? No, ¿por qué? *Pos*, sí has visto que la luna brilla mucho. Hay noches que se iluminan, pues, de tanto que brilla y se ve todo. *Pos* antes brillaba más. No me creas, *zeh*?, pero antes brillaba más. Era como el sol. Y en las noches se veía como de día. Entonces unos monjes de los que se llaman... ¿Cómo se llaman? Franciscos.

El avejentado y enclenque Valentín, empina algo que no logro precisar pero que no es una botella de mezcal, lo cual me extraña. Me acerco. ¡Coño! ¿Qué hace, Valentín? Me estoy tomando la sangre de esta iguana. ¡Es para la vista! ¡Pero se va a enfermar! No, ¿Cómo te diré? Ora sí que ya lo he hecho muchas veces. Me lo recomendó mi *agüelita*. Ella ya no podía leer y empezó a tomarse las iguanas así y ¡vieras cómo mejoró!

Yo ni creía. Pero un día le dije: a ver *agüelita*, ¿qué dice en tu biblia en



Franciscanos. Sí, ándale, franciscanos, hace mucho, caminaban de noche, pero les pegaban y hasta los mataban. Entonces a resultas que a unos de esos monjes se les ocurrió agarrar a un conejo en la sierra y se subieron al monte más alto y desde ahí lo *avientaron* a la luna, así pa que brillara menos. O sea que pa que no los vieran de noche. Y por eso hay un conejo en la luna. ¿Ya ves? De seguro que eso no lo sabías. No, no lo sabía. Pos igual lo de la iguana. Es que yo he escuchado mucho a los viejos, te digo, y así he aprendido. Ah, pero además, ¿sí viste que el conejo está del lado izquierdo? Pos yo así como lo veo, ya supe cómo lo hicieron: lo *avientaron* con la mano derecha, porque es la más *juerte*. No..., con la izquierda no le llegan. Y como lo *avientaron* con la mano derecha, quedó del lado de acá de la luna, o sea pues que de la izquierda; si lo hubieran *avientado* con la izquierda, habría quedado en el lado derecho. Digo yo, ¿no? Pos así le hicieron. Oiga, Valentín, ¿y qué habrá pasado cuando fue el hombre a la luna? ¿De qué? ¿Se habrán encontrado al conejo? ¡No! Pos esa gente no sabe andar en el campo, lo han de haber pisado y ni se dieron cuenta.

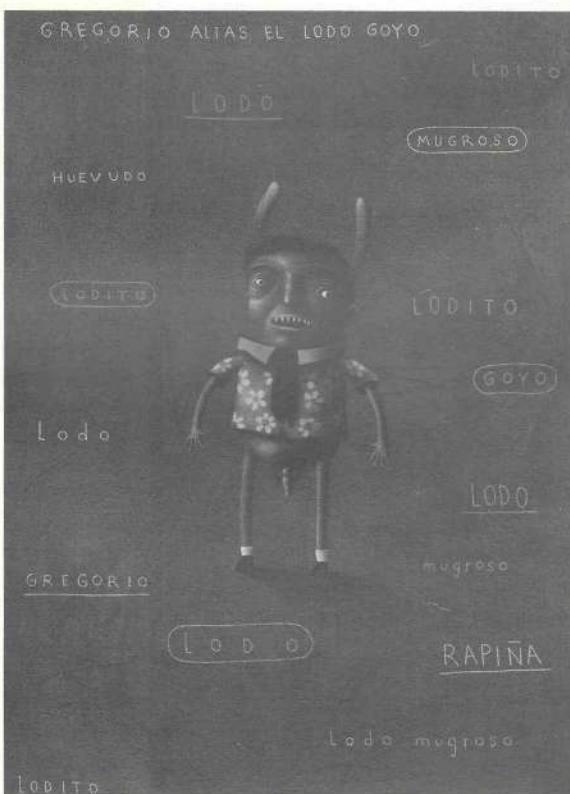
# EL ÚLTIMO CLIENTE

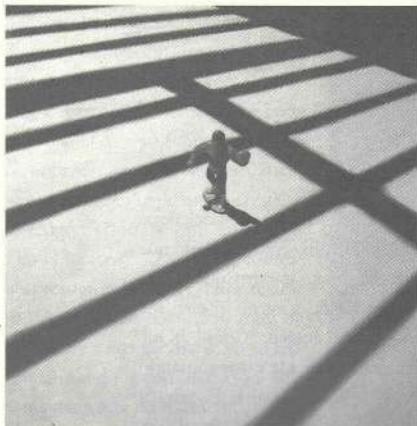
Carlos Alberto Gómez-Montoya ■ Aguatepec, Morelos

Como la explosión de una mina quiebrapatas en un campo de batalla, el gemido de los dos estremeció la habitación y las ventanas retumbaron, al igual que ellos. Gotas de semen y de sangre, salían de su culo aún palpitante y sensible, el sudor caía a borbotones por su frente y se deslizaba ligeramente hacia el cuello, se escurrían hacia las axilas como rameras trepidadoras ahogando troncos de cuangare en las selvas húmedas de la costa choquana. Sus piernas temblaban debido a la fuerza y el peso del hombre que estuvo encima de él por varias horas, dándole "el placer" que él mismo había salido a ofrecer. A pesar de sus años, y con la poca suerte que le quedaba, de vez en cuando conseguía machos ejemplares que le daban guerra toda la noche y, aún a su edad, gozaba de la fuerza y el aguante necesarios para soportar el traje que implicaba el tener que echarse a tremendo hombre. Un ejemplar de virilidad absoluta, recolector de bananos del Urabá quien había llegado en uno de los camiones de la United Fruit Company a empacar las cargas destinadas para los Estados Unidos. Era joven y de piel negra brillante como el ébano más puro. Ostentaba con altanería y arrogancia un cuerpo ancho, fuerte; de pechos firmes esculpidos a punta de cincel. Sus gruesos hombros, de bulteador; estaban partidos y musculosamente definidos: el quiebre y la unión que empataban brazo y clavícula eran evidentes. Las espaldas eran amplias y tostadas por el sol de la misma forma que se tuestan los granos de cacao. Poseía unas manazas con las que podría descalabrarlo de un solo golpe. Con una,

le sujetaba como si fuera un pollo recién despezuado; mientras que con los dedos de la otra lubricados con su saliva, se dejaba, lujuriosamente y con descaro, adentrar en su ser. Se vistió y se fue. Al levantarse de la cama, se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo de los que compró horas antes cerca del malecón, cuando salió de caminata a ver qué encontraba; esta vez decidió empezar temprano pues tenía que pagar la renta de la habitación en la que vivía y a la que llamaba casa. En realidad, era una pocilga de quinta, donde se mezclaban las putas con las ancianas abandonadas, donde los sicarios y ladrones se arrimaban cada noche a planear sus fechorías o a liberar tensión con el "marica" o la puta en turno. Llegó a aquella posada que tiempo atrás, cuando él aún estaba joven, era un lugar respetable con buena historia; una casona tan vieja como el mismo mar situada frente a los muelles. Cuentan las lenguas de antaño que incluso hospedó a grandes navegantes y ricos marineros que traficaban indias y mercancías exóticas hacia las playas de Cuba y el resto del Caribe. En el primer piso se encontraba una gran imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, corroída por el tiempo y el descuido. En el piso de baldosa blanca y negra, la cera de velas ofrecidas por los fieles había formado un monte multicolor a través de los años, tan alto ya, que casi quemaba el viejo manto de la Virgen. La escalera de caracol, majestuosa y elegante, se extendía por los cuatro pisos, llenos de gloria y de dolor; forjada en hierro a mano a la usanza de antes. El segundo piso estaba reservado para la matrona del lugar. Era una marica ya vieja y reumática

que en las tardes de calor se moría de dolores de vientre y parásitos en el culo procedentes de toda clase de ser; pero que todavía, recibía a clientes de importantes rangos y dudosos fundamentos. La habitación de Miguel se encontraba en el tercer piso. Llegó a las playas de Cartagena muchos años atrás con la ilusión de hacerse cadete e ingresar a la escuela de la marina. Al tiempo, se dio cuenta de que su bella cara y su cuerpo fornido no le eran suficientes; a pesar de tener ideas e inteligencia, le faltaban "la rosca" debido a su bajo estrato social. Decidió abandonar, con dolor en el alma y en el orgullo, la tonta idea de tener un imponente traje blanco y un kepi con el escudo nacional. Tra bajó en muchos muelles partiéndose el lomo para



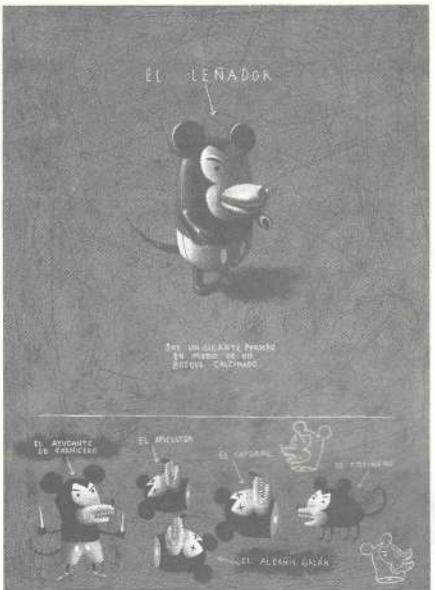


Franciscanos. Sí, ándale, franciscanos, hace mucho, caminaban de noche, pero les pegaban y hasta los mataban. Entonces a resultas que a unos de esos monjes se les ocurrió agarrar a un conejo en la sierra y se subieron al monte más alto y desde ahí lo *avientaron* a la luna, así pa que brillara menos. O sea que pa que no los vieran de noche. Y por eso hay un conejo en la luna. ¿Yá ves? De seguro que eso no lo sabías. No, no lo sabía. Pos igual lo de la iguana. Es que yo he escuchado mucho a los viejos, te digo, y así he aprendido. Ah, pero además, ¿sí viste que el conejo está del lado izquierdo? Pos yo así como lo veo, ya supe cómo lo hicieron: lo *avientaron* con la mano derecha, porque es la más *juerte*. No..., con la izquierda no le llegan. Y como lo *avientaron* con la mano derecha, quedó del lado de acá de la luna, o sea pues que de la izquierda; si lo hubieran *aventado* con la izquierda, habría quedado en el lado derecho. Digo yo, ¿no? Pos así le hicieron. Oiga, Valentín, ¿y qué habrá pasado cuando fue el hombre a la luna? ¿De qué? ¿Se habrán encontrado al conejo? ¡No! Pos esa gente no sabe andar en el campo, lo han de haber pisado y ni se dieron cuenta.

# EL ÚLTIMO CLIENTE

*Carlos Alberto Gómez-Montoya ■ Aguatepec, Morelos*

Como la explosión de una mina quiebrapatas en un campo de batalla, el gemido de los dos estremeció la habitación y las ventanas retumbaron, al igual que ellos. Gotas de semen y de sangre, salían de su culo aún palpitante y sensible, el sudor caía a borbotones por su frente y se deslizaba ligeramente hacia el cuello, se escurrían hacia las axilas como rameras trepidadoras ahogando troncos de cuangare en las selvas húmedas de la costa chocoana. Sus piernas temblaban debido a la fuerza y el peso del hombre que estuvo encima de él por varias horas, dándole "el placer" que él mismo había salido a ofrecer. A pesar de sus años, y con la poca suerte que le quedaba, de vez en cuando conseguía machos ejemplares que le daban guerra toda la noche y, aún a su edad, gozaba de la fuerza y el aguante necesarios para soportar el trajín que implicaba el tener que echarse a tremendo hombre. Un ejemplar de virilidad absoluta, recolector de bananos del Urabá quien había llegado en uno de los camiones de la United Fruit Company a empacar las cargas destinadas para los Estados Unidos. Era joven y de piel negra brillante como el ébano más puro. Ostentaba con altanería y arrogancia un cuerpo ancho, fuerte; de pechos firmes esculpidos a punta de cincel. Sus gruesos hombros, de bulteador, estaban partidos y muscularmente definidos: el quiebre y la unión que empataban brazo y clavícula eran evidentes. Las espaldas eran amplias y tostadas por el sol de la misma forma que se tuestan los granos de cacao. Poseía unas manazas con las que podría descalabrarlo de un solo golpe. Con una,



tratar de darle de comer a su familia que vivían en el interior del país. Había dejado a su madre enferma de asma y várices ulceradas, y a una hermana retrasada, quien a pesar de todo, velaba por la salud de su madre. Se defendían con el poco dinero que les producía la venta de dulces y arequipes que las dos preparaban en viejas ollas de cobre sobre un fogón de leña. Una triste tarde de noviembre, el Nevado del Ruiz, que permaneció en silencio por muchos siglos, despertó sepultando a su madre, a su hermana y a cerca de cincuenta mil personas más. Durante varios meses, las buscó hasta el cansancio, pero jamás las encontró; nunca pudo ponerles flores ni llorarlas. Después de esto, sintiéndose culpable por haber abandonado a los dos únicos seres que en verdad le importaban, se entregó a su desgracia y a los designios de los demás. Si había contribuido a sus muertes, no se opondría al juicio y castigo necesario. Regresó a Cartagena. Por algún tiempo, continuó trabajando en los muelles y cargando las bodegas de los barcos con esa "preciada" mercancía que lo podría lle-

var a la cárcel el resto de su vida. Una noche, se salvó de una redada por puro milagro, pues antes de comenzar a trabajar, se tomó un par de rones en una de las cantinas que quedaban cerca del puerto. Cuando alcanzó a escuchar unos disparos provenientes del barco donde trabajaba, corrió lejos de ahí y no regresó más a ese lugar. Con el dinero ahorrado, Miguel abrió una pequeña cantina cerca del malecón; el negocio no funcionó muy bien y, a los pocos meses, lo tuvo que cerrar. Endeudado con medio mundo, buscó trabajo en todas partes, pero la economía de la ciudad y la del país en general, no estaba en condiciones de emplear a nadie más.

La noche en la que se inició en el negocio Miguel trabajaba en un hotel que recién había abierto. A duras penas consiguió un trabajo como mesero, pero al negarse a tener amores con un huésped holandés, éste lo denunció alegando que Miguel trató de robarle un reloj de oro, mientras firmaba la cuenta. Ante tal acusación y sin prueba alguna sobre su inocencia Miguel se quedó, una vez más, sin trabajo. Al salir de aquel sitio, se dirigió a las playas, a caminar, a pasar la rabia; lloraba en seco, con coraje e impotencia. Mientras caminaba, sentía cómo el mundo se le venía encima y de como todo a su alrededor se cerraba, dejándolo sin salida ni opciones. Regresó al hotel; entró por la puerta de atrás, sin ser visto y llegó hasta la habitación. Tocó la puerta. El holandés, que aún se estaba engullendo la mojarra frita y el arroz con coco y patacones que él mismo le había llevado, entre sorprendido y excitado lo invitó a pasar. No entendió ni una palabra de lo que ese hombre con la piel roja, quemada por el sol, quería decir. Aquel asqueroso viejo gordo comenzó a quitarse la ropa. Él solo se desabrochó la correa, se abrió los pantalones y dejó entre ver un bulto promisorio enmarcado por un pelaje abundante, negro y crespo; pensando en que jamás dejaría que otro hombre se la metiera en el culo y mucho menos ese que olía a mierda y sudor. Inmediatamente, agarró al cerdo por el cuello y lo tiro al piso, de rodillas. El hombre soltó un chillido

tan fuerte que hubiese podido despertar a todos los huéspedes del lugar. Lo cogió de las orejas y metió su enorme verga en la boca del cerdo rojo y pecas oscuras; lo zarandearon con violencia y mientras el hombre le agarraba las nalgas duras y tensas, comenzaba a disfrutar cada vez más. Después de que el holandés se cansó de chupar aquella verga sudorosa, salada y apetosa de hombre de mar, la escupió y le dio la espalda; no necesitaba palabras para saber lo que el hombre pedía. Con una rabia del mismo tamaño que su asco, se dejó ir dentro de su culo, haciéndolo soltar otro chillido, en medio de sollozos y resoplos. Miguel trataba de complacer a su cliente, quién, a pesar del dolor, disfrutaba que ese macho lo poseyera. Mientras que el holandés gozaba, dentro de él, las ideas se encontraban en medio de la necesidad y del orgullo; pensaba en lo que estaba sucediendo, lo que le daba más rabia para encajársela a aquel que seguía berreando de placer. De pronto, sintió que no podía continuar y le sacó con rapidez el miembro del culo; el hombre se dio la vuelta, entre confundido y hambriento; se acercó una vez más a la verga de Miguel y trató de ponérsela en la boca, estaba llena de sangre y de mierda, pero aún así, se la engulló. Miguel le empujó, pero éste gateó rápidamente hasta su pantalón, sacó un fajo de dinero y se lo puso en sus manos mientras se tragaba una vez más de aquella portentosa verga. Dándose cuenta de lo que tenía entre las manos, dejó que el cerdo se la mamara nuevamente, pero a la vez, se sintió ofendido y herido; lo agarró por la cabeza y lo apretó más y más contra su abdomen. Entre rojo y azul, aquella piltrafa de hombre trató de quitarse a Miguel de encima, pues el aire le faltaba en los pulmones; pero era demasiado tarde, Miguel era mucho más fuerte que él. Continuó presionando la cara ya morada contra su cuerpo y ahí se quedó. El holandés trataba de salirse de allí, de respirar, de arañarle las caderas, la espalda, lo que fuera con tal de zafarse de allí; pero sus dedos gordos, diabéticos y sin uñas no podían hacer nada. Miguel alcanzó el clímax total y dejó todo su semen, su odio y su rabia dentro de la gar-

ganta del holandés. El cerdo cayó muerto en el piso de la habitación.

Miguel se limpió la verga y salió de allí llevándose el dinero, las joyas y el famoso reloj.

A la mañana siguiente, los periódicos locales sólo hablaban de la misteriosa muerte de un holandés y de la falta de sospechosos. Con el tiempo, la noticia fue arrastrada por el viento que se lo lleva todo y Miguel vivió tranquilo por unas cuantas semanas más.

Cuando el dinero se le acabó tuvo que lanzarse una vez más a conseguirse el sustento, pero no corrió con suerte. Con lo robado, se acostumbró a vivir de una forma amplia y derrochadora. Bebía todas las noches y culeaba casi con cualquiera. Pensando en que sus atributos eran lo bastante buenos para seducir a quien quisiera, decidió ofrecérsele a las canadienses y americanas que estaban en las playas, las cuales no le pagaban lo necesario para sostener el estilo de vida al que se había acostumbrado. Entonces supo que debía cambiar su clientela si quería conseguir dinero. Y fue así como se



inició. Con el pasar de los años y de las exigencias a las que se sometía perdió la vergüenza, la decencia y el gusto; cada vez se prestaba para los antojos de los clientes sin importar lo que fuesen. Participó en orgías hasta con animales, se cogía a cualquiera que le pagara y se dejaba coger por el que pudiese llegarle al precio; éste, con el paso del tiempo y la proliferación de mercancías más jóvenes y deseables, comenzó a disminuir vertiginosamente. Miguel, ya sin belleza ni dignidad, perdió las ganas de vivir. En su mente sólo se repetía la memoria de su madre y de aquel uniforme blanco que jamás pudo lucir. Fue convirtiéndose en un ser sombrío, demacrado; aunque todavía tenía la fina estampa y el perfil de macho Casanova, ya no era el mismo. La situación económica se le complicó y los clientes fueron cambiando. Pasó de aquellos cadetes de la fuerza naval, marineros extranjeros de antaño ó turistas canadienses que pagaban en dólares; a taxistas, mecánicos y cualquier borracho que le dieran un pedazo de pan. La pensión también perdió lo que aún le quedaba de grandeza hasta convertirse en burdel, después en casa de vicio y de delincuentes. Miguel no tenía plata para pagar otro lugar; además, era el único en donde él podía recibir a sus clientes o al menos a alguien que le pudiera brindar un poco de compañía. En esos caminos se quedó solo, allí olvidó lo que alguna vez fuera un beso y una caricia de amor. No tuvo amigos de verdad y su vida se limitó a las noches oscuras, calurosas y de brisa salada del mar. De vez en cuando se enamoraba, como cualquier muchacho de escuela, de algún que otro marinero que llegaba al puerto -como el negro que ahora había conseguido- pero al final se quedaba siempre solo. Como podía los invitaba a comer y a beber; así, se hacia amigo de ellos y lo graba llevarlos hasta a su habitación. Pero con el paso del tiempo también perdió la astucia; y estos jóvenes que sabían de antemano sus intenciones, terminaban golpeándolo, robándole o usándolo de la manera mas vil y sucia. Algunos cogían con él, otros sencillamente se burlaban y lo comparaban con otros y mejores ejemplares.

El negro de esta noche había accedido sin mucho esfuerzo. No hubo que invitarle nada, fue como si él mismo se hubiese dedicado a conquistar a Miguel, quien estaba extasiado. Hacía mucho que no tenía a un cliente como éste. El negro era hermoso, joven, masculino y tenía una sonrisa tan blanca como las perlas del mar. Estaba decidido a irse a la casa con él a coger toda la noche; al llegar a la pequeña habitación, el negro comenzó a besarlo violentamente. Entre sorprendido e ilusionado Miguel comenzó a responder. Como si estuviese contando granos de azúcar morena, acarició cada centímetro de su piel, los finos detalle de su cara y besó los bellos y carnosos labios que el negro ofrecía. Aquél joven de piel de ébano le arrebató la camisa de un solo tajo e inmediatamente se lanzó sobre aquel pecho con hambre y deseo. Mientras Miguel gemía ante el dolor de cada mordisco; estaba resuelto a no dejar pasar esta oportunidad: el negro se fue volviendo más violento con su presa de turno, quien se mantenida firme ante aquel trato. No le importaba. Por primera vez quería disfrutar el ser devorado de placer sin tener que pagar. El negro le agarró por la cabeza y le forzó a que se inclinara frente a su pelvis, ante un hermoso miembro erecto, tan immense y portentoso que colgaba pidiendo ser acariciado y lamido con ansias locas. Con avidez, se lo introdujo en la boca y Miguel comenzó a devorar el tremendo manjar que observaba con ganas. El negro se retorcía de placer. Apretaba la cabeza de su amante contra su abdomen. Mientras le agarraba con fuerzas las caderas duras y afiladas, Miguel recordó aquella noche cuando él era quien subyugaba al cerdo; no le importó, estaba dispuesto a caer allí. Aquella bestia de mar, arrecha y que oía a salitre y sudor, lo alzó del piso y lo besó nuevamente tirándolo sobre la cama. Le levantó las piernas y dejó ir de boca dentro de su culo. Miguel no se rehusaba a ser devorado con pasión y ansias, trataba a su vez de contenerse y disfrutar de aquel negro, y de la noche. Las lágrimas se le escapaban, desde el corazón, por puro placer. Nunca pensó que llegaría el momento en que se iba a entregar a alguien de forma tan

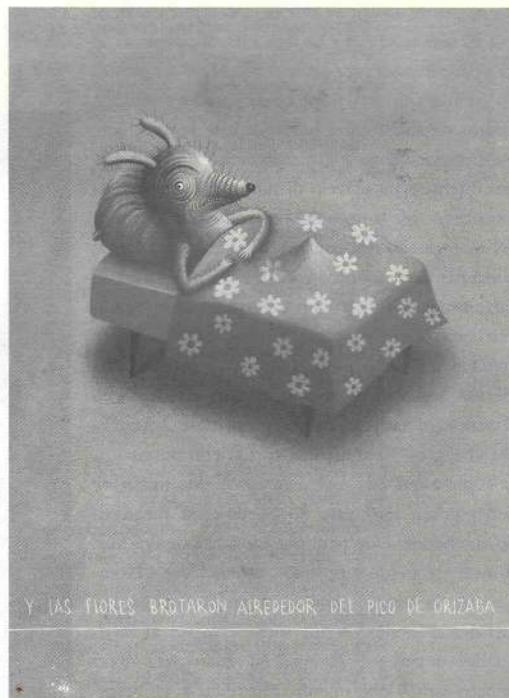
absoluta. Sintió que se enamoraba de aquel negro sin nombre. En un instante, que pareció no terminar, vivió y sintió lo que jamás había experimentado en toda su misera existencia. Todo lo vivido, valió la pena, con tal de haber llegado hasta aquí. El negro le dio la vuelta y comenzó a clavárselo brutalmente, él no puso resistencia alguna; gemía ante las estocadas bestiales que le envestían, sentía que el culo se le iba a caer y que iba a morir allí desangrado de amor ante semejante abuso, pero no le importó: nunca antes había sentido tanto cariño ni semejante placer. El negro lo acariciaba con violencia pero con entrega, igual que un naufragio acaricia la tabla que le salva. Era lo más cercano al amor que Miguel hubiese vivido alguna vez.

Los dos retozaron de placer en esa pequeña habitación estremeciendo las paredes de todo el edificio con cada entrega. Hasta la virgen se sacudió por los dos.

Se acercaba el amanecer, los besos se mezclaban con las caricias y los cuerpos se desmadejaban voluntariamente, cuando en medio de tanta pasión, los dos eyacularon a la misma vez. Miguel sintió un leve pinchazo en el costado. Esto no le alarmó. Pensó que después de las faenas realizadas, era uno de los resortes del viejo colchón que se había salido y lo había chuzado. Respiró, estaba en éxtasis total. El negro se levantó con una rapidez asombrosa, se vistió y salió de ahí; Miguel no tuvo oportunidad alguna de decir nada. El tiempo se partió en dos. Miguel se quedó allí; flotando entre el charco de semen con sangre que había en su colchón y el abandono de aquel amante que había entregado todo aquel amor a cambio de nada. Se levantó y se acercó a la ventana, encendió un cigarrillo de los que había comprado y comenzó a fumarlo lentamente; se fue quedando perdido en el bochorno del amanecer. Un chorro lagrimero de sangre salía por su costado

izquierdo. Exhalaba bocanadas de humo, mientras la vida se le iba a gotas, y lo sabía; lo supo cuando el negro, antes de salir, dejó entrever el reloj de oro que años atrás hubiera sido del holandés. Supo allí que la justicia divina lo había alcanzado y no le importó: ya era hora de pagar la cuenta y retirarse a dormir. Se levantó de la silla y, de un viejo baúl, sacó, aún impecable y conservado, un traje blanco de la fuerza naval. Se vistió. Abrió la ventana de la habitación. Una brisa suave y llena de un mar fresco y dulce, inundó todo su universo.

Creyó ver a la virgen del primer piso vestida en toda su gloria, a su madre querida y a su hermana junto a él; sintió sus besos y sus caricias sobre su cabeza. Miguel terminó su cigarro y se fue a la cama. Las deudas del pasado estaban canceladas y, por primera vez en tantos años, iba a poder dormir en paz. ☩



Y LAS FLORES BROTARON AIREBEO, DEL PICO DE CRIZABA

# Valentín y Tina: DESAFÍO FRENTE AL MAR

Gabriel Muzzolini ■ Cuernavaca, Morelos

1

Siento el calor de la arena bajo mis pies. Durante la comida, que escogí con especial esmero para la ocasión, juré no cerrar los ojos en la caída que se prolongará unos pocos segundos... luego... En el cuento de Hoffmann "El hombre de la arena", parece que se le zafó un tornillo al protagonista Nathaniel. Una cuidadora al acostarlo, le contaba:

*"El hombre de la arena viene por las noches, a los niños que no quieren dormir, les echa un puñado de arena en los ojos, los mete en un saco y los lleva a su nido, donde sus hijos esperan ansiosos para quitárselos los ojos con sus garras".* La cuerda aun está floja, estoy parado a muchos metros de altura en el borde de este lugar, el aire me empuja, apenas logro sostenerme con mis manos. Frente a mí el cielo diáfano, debajo se dibuja inquebrantable la línea del horizonte que lo separa del mar; puedo discernir la curvatura de la tierra, quién me llama a gritos con su boca abierta en un vacío espeluznante. Algunas personas se arremolian como hormigas, no logro oír que gritan. Siento ganas de ir al baño, pero ya no hay vuelta atrás. Mis piernas tiemblan notablemente, una sensación en el estómago hace que mi cuerpo se tense. -¿Aquella allá abajo, es Tina? Está abrazada con un güey... se supone que ella está conmigo... Me miran, se ríen y gritan algo; esto no puede estar sucediendo, me hacen señas para que me lance de una vez. Ahora recuerdo porqué asocié al "Hombre de la arena" con esta situación: Nathaniel desde lo alto de una torre, cree ver al asesino de su padre y se lanza al vacío para tratar de atraparlo, lógicamente muere por el golpe.

Este lugar es conmovedor, a diario las personas suben hasta aquí a modo de *Vía Crucis* catárctico, al llegar a este punto, cada uno de nosotros sabemos que ya no podemos echarnos atrás; hemos pagado lo suficiente como para arruinarlo todo por un poco de miedo a saltar.

-¡Ahí les voy cabrones! -

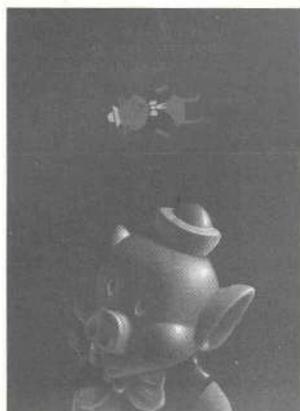
Se imaginó que la tierra quería comérselo de una sola dentellada, no cerró los ojos aunque se acercaba demasiado rápido al suelo; luego de rebotar como un monigote unas cuantas veces; lo bajaron lentamente. Sobre la gran cama de hule inflado, un asistente le ayudó a quitarse el arnés y las cuerdas elásticas que amarraron con tanta precaución a sus tobillos. Con la agitación a flor de piel, también se imaginó correr entre sombrillas y camastros hasta meterse al mar para refrescarse. Valentín pagó en la taquilla del *Bongi* para subirse, Tina se acercó. -¿Por qué tan pensativo cielo? mientras él palpaba un puñado de arena a la cual ya no le tuvo miedo. ☺

PARA EL OSO, NO ERA LA PRIMERA VEZ QUE AQUELLA VOZ LE SALTABA EL MISMO SERMÓN



# LA CRISÁLIDA

J. Francisco Jiménez Garnica



D eslumbrada por el sol, con los ojos entreabiertos, apenas distinguía algunas siluetas que parecían flotar sobre las veredas del jardín de la “fuente de los coyotes”. Las veía brincar entre los puestos ambulantes en busca de collares, aretes y cualquier cantidad de objetos hipiosos.

Del quiosco de la plaza llegaba el estruendo de música gótica doom metal tocada por un grupo de chavos para un auditorio de jóvenes con vestimentas extrañas, parados o sentados sobre el suelo, se mo-

vían de lado a lado agitando los brazos, con los ojos en blanco y embelesados emitían angustiosos quejidos.

Todo lo veía como si estuviera en un lugar alto, muy lejano. Entonces se dio cuenta que estaba sentada en la cúpula de la torre de la iglesia de San Juan Bautista.

-¿Cómo llegué aquí? -se preguntó. Seguro mis amigos me subieron para jugarme otra de sus acostumbradas bromas.

-¡Desgraciados!- Con el miedo que le tengo a las alturas. ¡Esta vez no se midieron! pero... ¿qué rara me siento?

Se sentía invadida por un malestar que no era el acostumbrado de la cruda, ése lo conocía muy bien, éste era un ligero cosquilleo, muy agradable, que le punzaba la espalda a la altura de los omóplatos, mientras sus piernas, brazos y manos no paraban de temblar.

Tenía comezón en la oreja derecha, en la comisura de la ceja izquierda y en el ombligo. Sus labios, lengua y garganta se encontraban hinchados, pastosos pero lo raro es que no estaba sedienta. Con mucho cuidado se incorporó lentamente hasta quedar abrazada a la cruz de piedra que corona la cúpula. Buscaba ansiosamente por donde bajar; no encontraba como hacerlo, de pronto, se quedó inmóvil, petrificada, escuchando detrás de ella el sonido del batir de muchas alas de pichones a los que temía desde muy niña. En varias ocasiones se le pararon en la cabeza, la llenaron de

## NARRATIVA

excremento; levantó los brazos para espantarlos, desesperada se tocó la cabeza, la cara y el cuello esperando estar limpia. Emitió un grito de angustia al notar que su nuevo look metro sexual se había esfumado: el pelo estaba sedoso, suave y muy largo; no encontró la arracada de su oreja, ni ninguno de sus *piercing* de la ceja, la lengua y del ombligo.

Del susto perdió el equilibrio, se fue de brúces. Empezó a caer dando vueltas, tumbos maromas y giros incontrolables; manoteaba con desesperación tratando de agarrarse de alguna de las palomas que la seguían en su caída. Cerró los ojos y esperó el trancazo. No pasó nada. Su caída se detuvo a unos centímetros de la banqueta. Observó con asombro que sus pies no tocaban el piso, estaba flotando, pero seguía dando tumbos y giros hasta que unas enormes alas pegadas a su espalda la depositaron suavemente en el jardín.

Escuchó risas y susurros de unos seres alados que revoloteaban sobre su cabeza comentando entre ellos.

-¡Tenemos un nuevo ángel! -Se ve limpio, sin tatuajes de flores, cadenitas, calaveras o cruces.

-¿Qué, qué? -Abrió desmesuradamente los ojos para encontrarse vestida con una larga túnica blanca y un cordón dorado atado a la cintura, descalza, oliendo a tienda esotérica, mientras a su espalda se desplegaban unas enormes y emplumadas alas blancas.

-Yo no puedo, ni quiero estar aquí- gritaba. Esto debe ser el infierno, en el que por cierto no creo. Recordó que había estado discutiendo con sus amigos sobre la existencia de Dios, rompiendo el pacto de no hablar de política, religión ni cine hasta fin de año. -Entonces de qué discutir? Por eso continuaron con las cervezas, uno que otro tequila disfrazado de piña colada hasta que se inició una fuerte disputa, manoteando y gritando cada uno defendía su posición; por ebrios y escandalosos los invitaron a salir del "Hijo del Cuervo".

Caminaron o más bien se arrastraron colgados unos de otros para intentar cruzar la calle. No supo quién la empujó al paso del "turibus".... ¡Pum!... y

después sólo alcanzó a oír una voz autoritaria qué ordenaba: Súbanla a la torre, ¿veremos si en verdad está arrepentida? me informan cómo se comporta. -¿Qué sabes de la nueva?

-No sé, me enviaron a recibirla- dijo un ángel a otro.

-No identifico si es *hippie*, *punk*, *darketa*, *emo*, o una nueva variedad, sólo me dijeron que es otra incrédula que cuándo la atropelló un camión gritó ¡Ay Dios! ¡Perdón! ...y aquí está.

-Voy a buscarle lugar, últimamente hay mucha demanda por parte de estos arrepentidos.

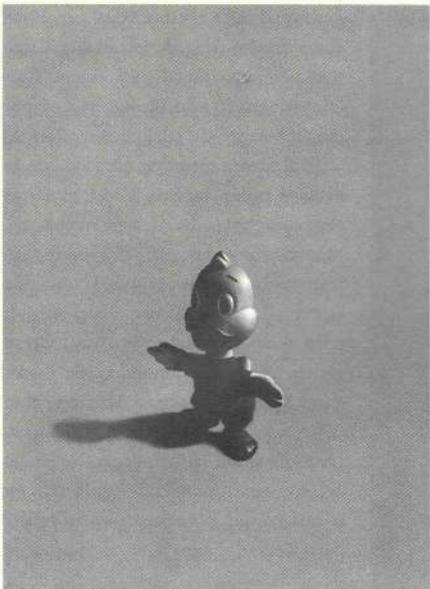
-¡Oigan! ¡Pst, pst! -gritaba y gritaba- ¿Estos ángeles son sordos, tarados o qué? No saben reconocer a una atea, libre pensadora, no creyente, amante del sexo y del rock pesado.

-Lean bien mi currículo- gritó. No pueden dejarme entrar a su cielo. Soy de avanzada o sea muy normal, visto siempre de negro hasta en las uñas de los dedos de los pies y manos. A mis cuarenta y cinco años (prefiero decir mi edad que mi peso), milito como intelectual, leo, escribo y hablo como los del *new age*. Soy de las más ardientes defensoras de la liberación femenina, de la libertad sexual, del *kama sutra* del *deep throat*, de la música gótica, el rock pesado, también me gusta bailar salsa, cantar tangos (baillarlos es muy complicado), acudir a los antros de moda a beber tequila y a ligar lo que caiga, fumar (lo que me ofrezcan o lo que se pueda aspirar), no me pierdo los conciertos en el Zócalo, las tocadás *heavy metal* del museo del Chopo, no me disgusta ir al Auditorio a oír a Milanés, al Potrillo o a Luismi. Ya *dacharon* que resido en casa de mis padres en Polanco -¿O hay otro lugar para vivir más trendy en esta city? Mi lema y el de mis amigos es <La comodidad y los padres relajados son la neta>

-Entonces? ¡Cómo diablos creen que estoy arrepentida!

-Ultimadamente, si no saben leer ¡Vayan a hacerse puñetas mentales en su limbo!

Un ruidoso y deslumbrante relámpago la sacó de su alegato contra el sistema celestial depositándola en su habitación, al tiempo que escuchaba una voz que le susurraba al oído:



# EL MEJOR DISFRAZ

Carmen Rodríguez

-¿Hasta cuándo vas a continuar con tu acostumbrada cantaleta? ¡Ya me estas cansando!

Bañada en sudor, jadeando se encontró en la comodidad de su cama.

Respiró profundamente como le enseñaron los yogas, armándose de valor corrió a verse en el espejo.

-Ahora sí!- su pelo, su cara, las tetas, sus nalgas y todo su andarínaje estaban en su lugar.

-¡Estoy completa, sin cambios! exclamó aliviada gritando muy contenta.

El chirrido que hace un plumón seco al escribir sobre la pared minimizó su alegría, la hizo voltear para ver cómo se iba dibujando, nuevamente, una larga flecha de color rojo sobre el letrero que había colgado en su pared con la frase de "DIOS NO EXISTE" y le iba señalando la puerta del balcón.

-¡Otra vez Él con sus indirectas! -¡Me lleva la frengada!

Abrió la puerta, desplegó sus alas, volando fue a posarse en la cúpula de la torre de la iglesia de San Juan Bautista para repetir, una vez más, su triste peregrinaje. ☩

Esa mañana radiante, Emilio era una gotita de agua, no se sentía feliz por ello. Caminando hacia el preescolar y a medida que se acercaban, en el trayecto encontró a otros niños con disfraces más interesantes que el suyo; abejitas barrigonas con alas brillantes, rojinegros catarinas, ranas, conejos, flores, princesas.

Varios de estos simpáticos atuendos los había visto en su casa hechos por su mamá, y no pocos eran de su medida exacta o casi; como en otras ocasiones que lo ameritaban, Emilio había sido el maniquí. Aun algunos primorosos vestidos de princesas para distintas ocasiones los había visto en él antes que en sus dueñas. Entre ir perfeccionando su conocimiento de corte y confección, mezclando con el deseo de que en vez de su hijo naciera una niña, su madre se obstinaba en probarle a él los vestidos "para ver cómo quedaban". Por este motivo, era algo normal en Emilio ponerse un vestido de niña, no tenía prejuicios respecto a ese tema.

¡Tantos trajes lindos pasaron por su casita! Por eso ahora que le había tocado ser "gotita de agua", no se sentía muy feliz. Digan lo que digan los psicólogos respecto de la tolerancia a la frustración, es mucho más difícil sortearla, que hablar de ella como una cualidad en el ser humano, sobre todo en un parvulito.

Con ilusión había esperado un disfraz digno del hijo de quien había hecho tantos y tan bonitos, pero antes que su disfraz estabas el pago de la luz, el agua, la comida. A sus cuatro años apenas si entendía que estas cosas se tuvieran que pagar; el sol salía solito por las mañanas, ¿a quién había que



ESTOS HIJOS SON MÍOS, ESTAS RI-  
QUETAS SON MIAS. ASÍ HABLA EL INSEN-  
SATO, Y SE ATORMENTA.

pagarle por ello? ¡Ah! ¿La luz del foco? Si bastaba con apretar el botón de cada habitación o subirse en la cama, para jalar el cordoncito que pendía de la lámpara de la recámara y no estar en la oscuridad, que por cierto le daba temor. “No hay dinero”, decía mamá.

Tampoco estaba muy conforme con aquello de “sin agua no habría vida en el planeta, si la gotita no estuviera en el desfile de primavera, los demás animalitos no existirían”. Su mamá trataba de convencerlo de la importancia de su disfraz. En la vieja mesa de su casa veía telas de muchas texturas, diversos colores, estampados diferentes, todas hermosas. Pudo contemplar, asombrado, el proceso que las convertía en trajes muy bonitos. Cuando llegó mamá de las compras, observó con atención como abrió la bolsa y sacó una tela que al exten-

derla, más tenía el aspecto del papel con el que hacían en la escuela lo que llamaban periódico mural. No entendía de qué manera aquello blanco, áspero por cierto, carente de cualquier estampado y sin el menor atractivo, ella dijo que se llamaba pellón, sufriría la metamorfosis necesaria para convertirse en su atuendo. Mamita tomó las medidas, cortó, no hizo ni una puntada, porque la unión de las partes que formaban esa cosa fue con pegamento de un tubo. Se gastó todo su crayón gigante, ergonómico, de marca conocida, azul claro, para iluminar en un color evocando de manera virtual el agua. De nada sirvió la insistencia de Emilio argumentando que, como él la veía en la tina en que lo bañaban, en la cubeta para limpiar el piso y en el vasito con dibujitos infantiles, “pues no tiene color mamá”. Mamá no escuchaba, al final dibujo y remarcó, en un extremo superior de la gota, algo parecido al garabato con el que jugaban a poner taches y bolas a ver quien alineaba tres más rápido. ¡Ah sí, se llama gato! Recordó Emilio. Pre-

guntó porque había hecho eso y ella le contestó: “es el reflejo de la luz en la gotita”.

Por último, mamá se lo probó, de un orificio en la parte superior salía su carita inconforme. Una gotita, el origen de la vida, toda la perorata incomprendible de mamá no ayudaba. Su disfraz sería el más feo.

Esa mañana, después de lavarse la carita, desayunar, cepillarse los dientes, o sea la rutina de todos los días de escuela, mamita le puso sus pantalones de mezclilla favoritos y su playera de superheroé. El momento dramático se acercaba, Emilio cerró los ojos mientras sentía colocar por encima, el tal por cual disfraz. Y así se lo hizo saber a mamá, porque cuando algo o alguien era desagradable en su forma o comportamiento, mamá decía que era un tal por cual.

Por eso, camino a la escuela, continuaba enojado, a tal grado que cada chamaco ataviado en color brillante atravesando por su camino, aumentaba en él la incomodidad de traer su pellón pintado con crayón azul. Ni siquiera el halago de la maestra argumentando que él sería el personaje principal, porque "el agua es necesaria para todos", le levantaba el ánimo, hasta que frente a él cruzó la cosa más hermosa que había visto en la vida.

Era su mejor amiguita, Renata. Sí, con la que intercambiaba la torta, quien le compartía de su paleta, la más empalagosa con el conejo del jardín escolar, su cómplice para jalar las greñas a las otras niñas. Ella sería ese día la Reina de la Primavera, por ser la más bonita creía Emilio, aunque no sabía que más bien el trono se ganaba vendiendo boletos para el festival y para eso la mamá de la nena se pintaba sola. Lo importante era que Renata lucía hermosa. La mamá de Emilio le había hecho el vestido, era rosa, un sinnúmero de destellos dorados parecían alumbrar la tela. Tres olanes maravillosos terminaban el escote de ojal, pliegues formando rombos en la falda cuyos vértices remataban con una pequeña rosa elaborada en la misma tela, al final de ésta, también tres olanes idénticos a los del escote. En su cabeza, llena de tirabuzones castaños, llevaba una coronita dorada y un cetro en sus manitas enguantadas en color rosa, con el que jugaba todo el tiempo.

Emilio estaba patidifuso, con la boca y los ojos abiertos como platos. Sólo pudo sacarlo del estupor la mismísima Renata que se acercó a él preguntándole, de qué estaba disfrazado. Después de salir de la catatonía, el chiquillo tomó una gran bocanada de aire y contestó que era una gotita de agua. Después se tomaron de la mano y se alejaron hacia los salones brincoteando contentos por el encuentro. Y por ahí, alejados de todos, Emilio a su entender y en su lenguaje de pequeñín de segundo de preescolar, le expuso a Renata que él personaje más importante de ese día, si no tomas agua te mueres, sin agua las plantitas se secan, en fin, el discurso de mamá con el respaldo de la maestra para darle

importancia a lo que momentos antes, para él, sólo era un miserable pedazo de pellón pintado de azul. El asombro de Renata crecía con cada frase del amiguito, además, el niño le repetía los argumentos diciéndole que no podía dudar del mejor compañero de juegos (también de tropelías seguramente) que había tenido en toda su vida, como si ésta fuera tan larga. La nena había sido testigo de como las plantas de su mamá, que trabajaba todo el día, se achicarraban con el sol por falta de agua. En muchas ocasiones escuchó los lamentos por la pérdida de otra matita. Esto aumentó más el interés de la niña por el traje del amigo, aun cuando a primera vista no le pareció la gran cosa y sobre todo comparándolo con el suyo, que era esplendoroso. Mientras tanto, afuera, el desfile de la primavera estaba por comenzar. Las maestras se ocupaban del acomodo de los niños con disfraces, algunos en triciclos adornados con flores, globos y papel de muchos colores. De repente, cayeron en la cuenta de que faltaba alguien muy importante. No, no era la gotita de agua. ¡La Reina de la Primavera! No la veían por ningún lado. Varias de las maestras y la mamá de Su Majestad empezaron a buscar por todas partes, gritando su nombre.

Después de una angustiosa búsqueda, vieron como, de uno de los baños, salían Renata y Emilio tomados de las manitas, contentísimos, más que dispuestos a integrarse al desfile. En sus caritas se veía la alegría que les producía poder participar en el evento; su sonrisa de oreja a oreja enseñando todos los dientitos de leche, con una chispa en sus ojitos no podían expresar otra cosa.

Cuando maestras y mamás los vieron aparecer, por un momento sintieron el descanso de ver que sólo estaban por ahí, jugando. Sin embargo, la cara de alivio cambió por una de sorpresa. Atónitas y con los ojos saliendo de las órbitas vieron que los niños venían, sí, felices, cada quien con el mejor disfraz para la primavera, pero Renata era una linda gota de agua y Emilio la más hermosa princesa rosa con dorado que se vería jamás. ☺

# #3114

Julian Estrada ■ Temixco, Edo. de Morelos

La brocha giró hacia arriba en un movimiento de mano tembloroso,  
Mientras el ancho rojo se incrustó en el blanco de la sórdida pared.

Tu mano bajó por otra línea paralela, despacio y llorando,  
Pero tomaste la brocha hasta asfixiarla con las llamas de los dedos y en la  
esquina de abajo la soltaste y un grito en la ventana,  
Un salto por los aires y el rojo en lo alto y bajo de la sala,  
Un viento helado en tu rostro ante el sol de cordillera y las casas viejas de  
la avenida...

Tus ojos siguieron el edificio atemporal de Lenin, el ridículo letrero de  
Ventas en las alturas, al lado del metro de todos los días,

Pero no caminaste hacia allá,  
El portal sin cerrojo y las escaleras esperándote a que volvieras al mismo  
lugar,

La ventana abierta, el sol bailando en la casa,  
La pared con el rasguño de arriba abajo, un bermejo curvo, libre y sin  
camino:

Tomaste el lápiz y empezaste a unir líneas mientras el último resplandor  
solar alumbraba la pared, el balcón y la sala, vacía y muda.

No soltaste el lápiz y llenaste de tu toque el espacio del rudo bermejo,  
Lo llenaste de puntos y de dudas, de líneas que pudieron ser y de rompe-  
cabezas entre círculos y laberintos...

Bajaste con delicadeza a llenar de puntos suspensivos el último centímetro  
de pared;

Ya en la oscuridad de la noche prendiste la luz y viste aquello, te tomaste  
la cabeza con las manos en la cabellera y entraste en un silencio eterno que  
sólo la pared entendió;

El mundo en jirones y un dolor en el alma, pero tus ojos se clavaron en los  
colores y entendiste que el azul faltaba en algún lado, al medio quizás, o en  
todas partes, trajiste el bote azul de la cocina, viste la pared un minuto, una  
hora, la mandíbula trabada y un grito entrecortado,  
Estúpido azul de infancia en tierras lejanas,

Inocente azul intentando ser el intermediario entre un llanto de mañana o una risotada en una madrugada de vampiros.

La sala de espera, el botiquín, un dulce jardín para pasar las horas, los años, pláticas interminables que ahora tus oídos no escuchan, ni intentan entender, sólo ves el bote azul y dudas antes de tomarlo con toda la fuerza de tus brazos;

Suena el teléfono, es sólo para ti y lo sabes pero no lo tomas, sigues preguntando que espera esa maldita pared al frente.

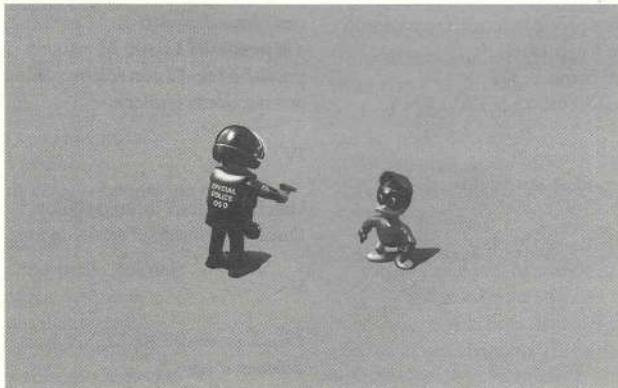
La ves como un ser vuelto a nacer y no puedes explicarte nada pues así ha sido todo,

Una lágrima de un lado y dos del otro, una ausencia en el fondo,  
Una voz que se mueve en la sombra;

Y allí tomaste el bote azul con toda tu fuerza, te acercaste a la pared bermeja y llena de cosas ahora, de tu historia, llena de ti,

Tomas el azul y este cae sobre todo, un cubetazo con tu risa y alma, tu lluvia,

Tus brazos a la cubeta y ésta a la pared y allí estas tú, para siempre, sólo podrías ser tú incrustada en la eternidad. ☺



# EL ARPÓN EN MIS MANOS Y OTROS POEMAS

Christopher Amador ■ Baja California Sur

## EL ARPÓN EN MIS MANOS

### I

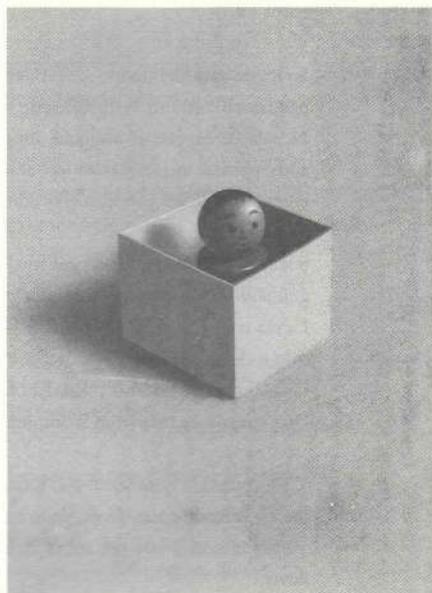
Debo escribir quizá  
como los grandes,  
mas por mi mano torpe  
no alcancé con la montblanc  
al gran cetáceo.  
No puedo fallar si quiero  
el rostro repetido  
y manoseado del billete.

Voy a herir su lomo  
en cuanto cruce estos renglones.

### II

Avisté la BALLENA y tiré del gatillo:  
una larga oración disparada. Sobre el mar de la hoja  
una mancha de tinta. Ningún lector fue salpicado  
por su sangre. No hay palabras  
que lastimen en su carne  
a mi lector o a la BALLENA.

Sin embargo lo voy a intentar.  
Sin embargo el arpón en mis manos.



### III

Dirigí otra vez el arpón a la BALLENA.  
Jalé el gatillo del idioma,  
pero fue a dar justo  
a la pupila del Lector. El maestro  
me alabó ese día con adjetivos admirables,  
por tan buena puntería.

### IV

Una BALLENA cantó de dolor.  
Disparé sin miedo el arpón de tinta.

### V

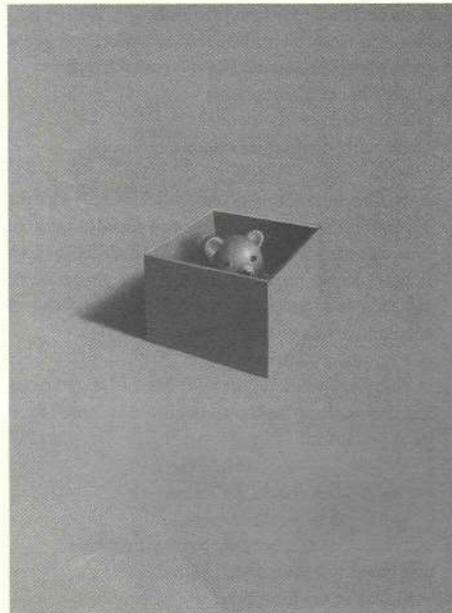
*Cuando escribo la BALLENA pasa. Se sumerge  
si detengo el lápiz.*

## A ORILLAS DE TU PIEL PASAN LOS AÑOS

Con la piel comiéndote hacia adentro,  
torturando a los paseantes  
con la hirviente desnudez  
que se desborda en tus zapatos,  
eres una flama que pretenden apagar  
con un chisquete de tequila.  
Todo lo que tocas queda líquido y  
temblando: estremecido.  
Por tus labios pasan rápidas hormigas  
y tu carne se desplaza  
con el hambre del motor de un automóvil.  
Muerdes el verso en lugar de mirarlo,  
todo en ti busca la muerte. Dolor  
nombrándome en la piel  
llegas a mí para saberte en los renglones.  
Sustancia de Dios que repartes a  
diario en las bocas abiertas:  
todo tu agujón entró a mi carne;  
nazco nuevamente y no me canso,  
soy el mundo y soy su vértigo,  
ese sexo que destroza y recupera  
a los amantes.  
Ceremonia del coito furioso,  
escalera de las respiraciones,  
guardas la voz pero gritan tus ojos:  
tus caderas hablan,  
nos platican el vaivén de los caminos.  
El filo de una sombra cae al lecho  
y parte en dos  
a los que buscan  
paraisos en la luz que brota frágil  
de las colchas.  
De pronto amar es rasgar la sangre,  
nacer de nuevo con sed antigua  
y hambre en las manos.  
La respiración de estos renglones me revela  
que detrás de lo que digo  
siempre hay (aunque  
se esconde) una muchacha. Escribir  
es perseguirla, seguir sus pasos,  
tragar la tierra por donde pasa,  
beber las fuentes donde se moja.  
Arrojo mi voz y atravieso su pecho.

Amarla es quitarle la flecha  
y curar con mi semen la herida.  
Esa que pasa  
y me roza sin verme es mi amor.  
La muchacha del pañuelo  
que no deja de caer (y que  
jamás toca la tierra)  
es la que da razón al viaje. La virtud  
de la mujer está en qué escribe con su carne.  
¿Alimentar o devorar?  
La palabra se pregunta esas dos cosas;  
la muchacha con sus actos lo resuelve.  
Apretado deseo mi garganta te inventa.  
El temblor es el lenguaje que te dice,  
por mi lengua habla  
lo que está detrás.  
Me acaricias como esparciendo semillas;  
eres el acto poético  
en estado animal. Revuelta en las sábanas  
incorporas todo el peso de tu voluntad aérea  
y tus pechos se vuelven gorriones  
ciegos al tacto. Vulva licuando la lumbre  
me sorbes, me quemas y luego me hidratas.  
¿Puede haber algún poema  
que tu rostro no me oculte?  
En la ruina de no estar contigo te invoco  
:  
tu voz ha de vencer a la materia.  
Tiempo vertical en tu columna se sucede.  
Quien te mira palpa el tiempo. De pronto  
besar es lanzar un zarpazo que  
hiere al que lo produce.  
Mi mano arroja el cáliz  
que no pudo contener  
el vino amargo de tus años.  
Las musas abrieron la puerta que  
da al precipicio:  
    todo el que cae  
    se condena a nacer  
    y a morir en un tiempo.

    A la hora de nacer y de morir  
una mujer nos abandona. Algo de *uno*  
y de *todos en uno* huye en ella.



No hay abrazo que nos pueda contener;  
no existe libro que retenga los silencios  
de los dos que si se miran ya se pierden.  
Todo latido fulgura anunciando el oscuro (no  
hay filamento de plata que una a los hombres).  
Dios se desbarranca por tu rostro, muchacha.  
Rayos inocentes calcinémonos  
un rato.  
Anochece. Un rumor agónico  
devasta los oídos de los dos  
que con esfuerzo (cara a cara  
y llanto en boca) se disuelven.  
Nada más atroz que  
despertar y ser un sueño.  
Aquello que comemos hoy nos come.  
Astros de ceniza amanecieron en mi boca:  
sólo se salva el que besa hacia atrás  
y tan sólo eso quiere.  
En mis pulmones hay un cangrejo  
que cuando inhalo tu sucio nombre me lo recuerda.  
Cierro los ojos, se caen las estrellas.  
A orillas de tu piel pasan los años... Amanece  
rá? ☺

# MIENTRAS LA CIUDAD

*Antonio Ávila-Galán ■ Tuxtepec, Oax.*

Esta noche leo al mundo  
en periódicos pasados de moda.  
Estoy contaminado de reminiscencia  
de pan dulce para cualquier cena.  
Mi estómago se vacía de plegarias  
en ojos de arena.  
No concibe emociones empapadas de sombras.

Soy el mismo cuerpo de otros ayeres  
mano inmortal que se lastima  
en la podredumbre deshabitada.  
Ojos de océano en la desmedida del miedo  
carcomen mis sueños.

En el silencio de las formas  
alguien vestido de eternidad me llama,  
veo llegar el agobio del tiempo.

En páginas de revistas  
(mis párpados revelan un alma  
que pepena recuerdos),  
ociosas nubes ennegrecen capítulos de madrugadas.  
Apenas antier permití  
temblar las palabras en boca del silencio.  
Mientras, la ciudad deshoja sobre sus calles  
el calor de mayo,  
donde miramos o morimos  
otra vez de violencia. ☺

# ALTA COSTURA

*Flor Cecilia Reyes ■ Oaxaca, Oax.*

## Velo

Porque he de ir desnuda me atavío,

Qué podrán contra mis velos y brocados  
voy a exponer mi voz que no mi acento  
en la urdimbre engañosa de mi atuendo.

## Disfraz

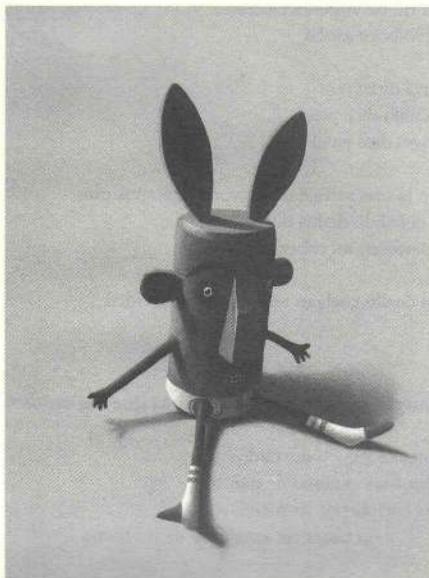
Cada día me invento con colores y aceites  
y en esa trama elijo un parlamento.

trasmutada en escena  
camino otros zapatos  
con la breve alegría de ser otra.

## Máscara

El tambor ancestral redobla danza  
un llamado de tierra urge mi entraña  
calzo mi rostro al fin, y pertenezco.

Al rito asisto ungida en mis demonios. ☩



# EXILIO

*Héctor Cortázar González ■ Tuxtepec, Oax.*

Sin advertencias  
los fantasmas de horas nubladas  
invaden la piel,  
lejanos temores carcomen los sueños  
y las voces se ahogan  
en el gris pétreo de las cenizas.  
A mitad de la noche  
naufragan historias al viento,  
en la oquedad de los portales  
resuenan confesiones delirantes  
frágiles palabras para inventar olvidos.  
En el reducido del exilio  
se atestigua, impostergable,  
la conversación al silencio. ☩

# DELÍRIUM I

Pablo M. Antínez ■ Oaxaca, Oax.

## α [aullido de entrada: de mi cuello cuelgan templos]

en un río de vírgenes caídas  
tiembló boca arriba

la tierra dice ¡ven!  
el cuchillo dice ¡ven!  
mi ángel dice ¡ven!

siento la más salvaje de las voces bajo mis pies  
oigo el balido de los peces  
que perforan mi cabeza

de mi cuello cuelgan templos enloquecidos

## δ [cuarto regreso: cuando sientas que tus senos van a estallar]

los ángeles siguen dormidos  
no necesitas caminar de puntitas  
con el cuchillo en las manos  
no necesitas amarrarte de mi costra

¡jenal!  
cuando sientas que tus senos van a estallar  
sacude la cabeza

acomódala sobre la roca que cae del cielo

¿sabes?

la roca es vida

es vida lenta y pro

fun

da

¡jenal!  
¿crees en la lluvia?  
yo también creo en la lluvia  
y en los cisnes

la lluvia da vueltas en mi cabeza

si estoy desnudo

y los cisnes me picotean la fe

cuando te veo llegar

en ocasiones

me hacen desangrar sobre tu espina dorsal

¡nena!  
te sé morir  
te sé vaciar  
y te sé beber

recuerdo  
apedré tu cara  
donde escribí mi nombre  
gruñí como un perro  
al mirarte ajena

sé lo que eres  
cuando traes los ojos de una monja rabiosa  
sé bien lo que eres nena

sí el amor cala  
lo sé cariño  
lo sé  
quema como la rosa  
como la sal  
como tu estúpido regreso  
quema demasiado

### ψ [auellido de salida 1: nuevo hogar]

lava tus heridas con la zarca loca  
sacude los puercos de tu alma

¡toma ésta agua!  
verás la risa del alcatraz

no temas  
la mirada del párroco  
será tu nuevo hogar

te dolerán algunas mañanas  
pero te enseñarás a maullar  
y volverás a tener fe como *jonás*

tu rodilla  
caerá cual ave muerta

entonces yo te enseñaré  
a sembrar el lirio de las vírgenes ☺

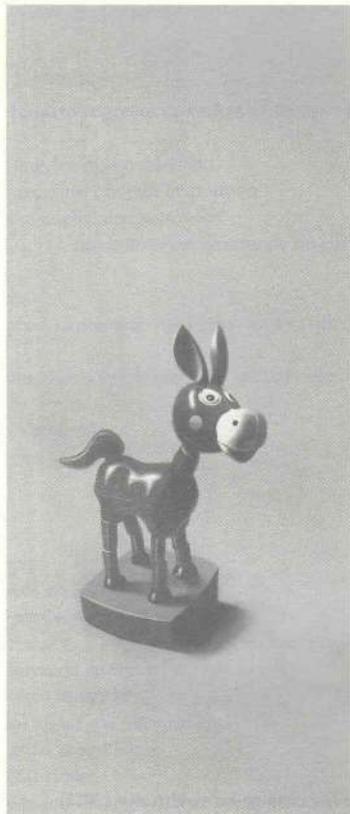
Del libro: *Mi casa se ha vuelto ave* (2011)

# PROLONGAR EL TIEMPO

*Ibis Villegas Caudriello* ■ Tuxtepec, Oax.

Me embriago del sonido  
que rompe la oscuridad  
mi cuerpo se balancea,  
juega a prolongar el tiempo  
en ese cuarto pleno de soledades.

Las manecillas se detienen. ♂



## AL SÉPTIMO MES

*Viridiana Blanco Anzúrez* ■ Otatílán, Ver.

Sabes bien el camino,  
despiertas inaudito como evitando un alarido más.  
En la inconciencia repites pesadillas  
motivos te sobran para salir del fango:  
Te gusta la permanencia.

Las ciudades se deshacen en anhelos de metamorfosis.  
Mientras, Julio es una memoria que se desborda.  
Importas en el quehacer mismo de los sueños  
en un sólo cauce los silencios se ahogan,  
en las espigas de la tarde resultas tan oscuro  
como el hijo jamás parido, Julio.

Ni siquiera el ojo incompleto de la ciudad te descubre,  
contemplar esta noche es igual que verter en un lienzo  
piel de serpientes.

Guardas el polvo del sendero, quemas tus cicatrices.  
Has sido indiscreto siempre,  
compras almas como recoger pedazos de hojas estériles.

Has sido la misma pregunta retórica de aquel sonoro  
trance  
de urnas en inconsuelo:  
El tiempo quema tu historia.

En la inconciencia te guardas  
Julio te repites  
Julio ojo incompleto,  
cicatriz de polvo.  
Nada reconozco  
soy nada.  
Junto a esta piedra me desdigo. ♂

# EN MEDIO DEL FUEGO

Adán Echeverría

*Me he quemado al preparar los dardos para la cacería  
las lágrimas abogaron la fogata*

Yo  
bajo esta sombra del eclipse  
recapacito esperando la bruma de mi amada  
Yo bajo la luz que el rayo deposita  
en el árbol seco que detuvo el tiempo  
pienso y distingo  
He aquí el valle luminoso  
tus piernas  
la cacería de coyotes a que me dispongo  
Tú exhumando furias y royendo los tobillos  
sigues atada a Mí  
y las palabras no tienen sentido en el aletazo  
Yo como una fruta más del árbol de la Muerte  
en la confusión hiriente de perseguir ternuras  
apedrear el sentimiento  
en esa posibilidad del amor que me regalas  
en que te obsequias ajena



# EN AUSENCIA

Citlalli Rojo ■ Chiltepec, Oax.

(Tú)

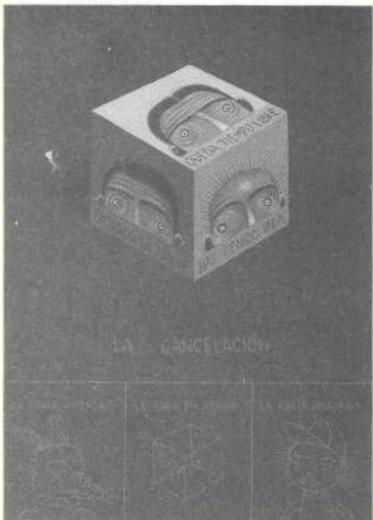
Sé que hoy te despertaste tarde, un poco triste  
y sin apetito.

Sé también que extrañas el antifaz en piel.  
Hoy miraste al espejo;  
Estaba ausente.  
Yo te veo desde el cuarto en el que escribo;  
y en el que recuerdo también.

Anoche soñabas con viajes y piratas.  
Los puse ahí para ti  
y recordaras,  
tardes, noches enteras;  
nada funciona.  
Olvidas fácil.

También sé que tu tristeza se adhiere, se contagia, se lacera.

Y me confundes, me lastimas.



(Yo)

Debería buscar mi rostro en otras calles  
en otros cuerpos,  
Debería pero lo busco en días ilusorios;  
Hoy me levanté temprano;  
Me sentí débil y escribí este verso:

“Algo arde dentro”

Interné tu nombre,  
al igual que tú,  
olvido fácil y miento. ☺



Grupo "Aguacero" de Loma Bonita Oaxaca, en la entrega del Premio Nacional de Poesía Tuxtepec, Río Papaloapan, el 5 de mayo de 2012.



Cascadas de Bethania (Tuxtepec, Oaxaca) Kenny.

